



Mensaje de Navidad de Su Eminencia el Cardenal Jaime Ortega Alamino, Arzobispo de La Habana.

Queridos hermanos y hermanas:

Llega de nuevo la Navidad, cargada siempre de luces, de nostalgia, de recuerdos, para quienes tenemos años, pero poco significativa tal vez para muchos cubanos de media edad o jóvenes, que no tuvieron la vivencia de esos días de paz y regocijo: el 24 de diciembre, la Nochebuena, con la cena en familia, y el 25 de diciembre, la fiesta de Navidad. Son días para conmemorar el nacimiento de Jesús, el Hijo de Dios, nuestro Salvador.

Como dice el Papa Benedicto XVI: "Hoy, como en tiempos de Jesús, la Navidad no es un cuento para niños, sino la respuesta de Dios al drama de la humanidad que busca la paz verdadera. 'Él mismo será nuestra paz', dice el profeta refiriéndose al Mesías. A nosotros nos toca abrir de par en par las puertas para acogerlo. Aprendamos de María y José: pongámonos con fe al servicio del designio de Dios. Aunque no lo comprendamos plenamente, confiemos en su sabiduría y bondad".

Los invito a celebrar esos días hermosos del año en familia, adornando sus casas con el árbol de Navidad, participando en la Misa del gallo, llamada así porque se celebra tarde en la noche del 24, a la hora en que los gallos comienzan a cantar, o el día 25 que es día de fiesta, como el domingo y no hay trabajo.

Pero en esta hora de la historia ¿habrá espacio para la celebración, para la alegría? ¿podemos tener aún esperanza? Si la causa de nuestro gozo o de nuestra esperanza fuera lo bien que marchan las cosas en el mundo o entre nosotros quizás no. Sin embargo, la Navidad es una celebración de fe, que tiene como centro a Jesucristo. Hace más de 2000 años Él entró en la historia de la humanidad y se quedó para siempre con nosotros, según la promesa que Él mismo nos hizo: "No teman, yo estaré con ustedes siempre, hasta el fin del mundo". Y esa es la razón de nuestra alegría, esa es la seguridad que da nuestra fe: con el nacimiento de Jesús, nace también nuestra esperanza.

Porque los hechos de esta hora de la historia nos descubren un mundo catastrófico: amenazas de guerra con riesgo nuclear, tormentas, inundaciones, grandes incendios forestales, precaria situación económica, desempleo, hambre, cambio climático, y de todos esos males somos en alto grado responsables nosotros.

Hace más de dos siglos que el hombre puso toda su esperanza para el futuro de la humanidad en el progreso de la ciencia y la técnica. Pero la evolución actual del mundo nos lleva a constatar que el hombre necesita también crecer en humanidad, debió producirse un desarrollo moral del ser humano, acorde con el progreso alcanzado, sin embargo, se nota más bien que junto al avance científico-técnico existe un decrecimiento de orden ético.

Porque no todo lo que la ciencia descubre o propone se puede realizar: no podemos fabricar bombas nucleares que acaben con la vida en nuestro planeta, no todo lo que se dice progreso sirve al avance de la humanidad, no es progreso el aborto provocado, no es progreso nada que toque a la familia en su constitución natural, o sea, la unión de un hombre y una mujer que se aman y procrean y cuidan con amor de sus hijos.

Ante nuestros ojos aparecen dos grandes crisis en nuestro mundo: una configurada por la situación económica, la miseria, el cambio climático, que puede afectar la vida animal, vegetal y la del hombre. Esta es la crisis que podemos llamar material. Pero simultáneamente hay una crisis de otro orden: la del egoísmo de hombres o pueblos incapaces de tomar las decisiones que pueden salvar a la humanidad, la del desenfreno en los gastos y en el lujo, sin reparar en la miseria de muchos.

Es una crisis de la ética por la pérdida de valores, por haber olvidado o enfrentado el orden natural. Es una crisis de la conciencia, se ha borrado la línea divisoria entre el bien y el mal. Esta es la crisis espiritual de la humanidad, que es de mayor trascendencia que la crisis material, pues esta última se produce por la quiebra espiritual del hombre.

El tiempo en que se gesta y crece esta crisis espiritual coincide con la etapa de la historia reciente en que se ha tratado de sacar a Dios del horizonte espiritual del hombre. Es el momento del ateísmo de estado o del ateísmo laicista, es el tiempo en que el mundo cristiano invirtió la prioridad en el ordenamiento social, olvidando el sabio mandato evangélico de Jesús: "Busquen primero el Reino de Dios y su justicia y todo lo demás vendrá por añadidura", y nos dimos a la tarea de buscar todo lo demás primero: abundancia de bienes materiales, poder económico y político, dinero, éxito y se ha relegado a Dios hasta el punto de tratar de excluirlo de la vida de hombres y pueblos.

Este olvido de Dios está en la base de esa gran crisis espiritual del hombre de hoy. Una parte sustancial de la humanidad se ha habituado a no creer, a ser no creyente. Y la falta de fe se extiende a todo el contexto humano: no se cree en la familia, no se cree en el bien común, no se cree en un futuro mejor. Hombres y pueblos se vuelven escépticos, quedan como postrados ante el futuro y no tienen esperanza. Esto pasa también entre nosotros cubanos de hoy.

Queridos hermanos y hermanas:

Ante las cosas que no van bien en nuestro mundo y entre nosotros, sólo tengo una propuesta que hacerles para no ser arrastrados por la crisis espiritual que puede invadirlos; los invito a que hagan como los pastores que escucharon la noche de Navidad el anuncio de los ángeles: "No teman, en un portal de Belén les ha nacido el Salvador, el Mesías, el Señor". Y se pusieron en marcha diciendo: "vamos a ver esto que ha hecho por nosotros el Señor". Pónganse en camino, vayan a Jesús y mírenlo con fe en su pobre cuna de pajas.

El es el Salvador, el que viene a salvarlos del vacío, de la falta de interés, del miedo al futuro, de la desesperanza y pregúntenle a Jesús, como lo hizo un hombre joven que salió una vez a su encuentro: "Señor, ¿qué tengo que hacer para salvarme?". Y Jesús te va a responder en lo hondo de tu corazón que tienes que hacer varias cosas y dejar otras y terminará diciéndote lo mismo que le dijo a aquel joven: "Ven y sígueme". Escucha su llamada, sigue a Jesús, y volverá a ti el gozo de vivir y la esperanza.

Feliz Navidad.

La Habana, 20 de diciembre de 2010.

-Servicio de noticias-

Arzobispado de San Cristóbal de La Habana. 2008-2010©

Puede reproducir parcial o totalmente esta información, siempre que cite la fuente original